

# LA POTENCIA DE LO DIVERSO

Un ensayo sobre la lengua española

*Ensayo + sabio; el más ameno.*

3426 008

## INTRODUCCIÓN

## 1. Ese resto intraducible

Se dice que cada lengua ilumina la vida bajo una luz igualmente única y singular. Cada lengua traza un mapa del mundo de diferente manera; y en ese sentido, cada lengua es como una casa del secreto, habitada por un grupo humano determinado. Si el lenguaje no es meramente el vehículo del pensamiento sino aquello que lo determina y condiciona, hay que decir también que cada lengua establece unos límites y unas posibilidades que son exclusivamente suyos.

Lo notable es que la especie humana dispone de miles de lenguas diferentes. Y que somos universalistas por el hecho de que asumimos que podemos descifrar y traducir cualquier lengua dada, por remotos que sean su alfabeto y su fonética, y que podemos hacerlo por el hecho de que todas las lenguas, antiguas y modernas, comparten ciertos rasgos y medios operacionales.

La apabullante multiplicidad lingüística que reina en el planeta nos coloca ante los principales dilemas filosóficos y lógicos que surgen de la reconocida unidad de las estructuras mentales humanas; y no en vano, casi todas las culturas se han interrogado sobre ello y contienen alguna explicación mitológica al respecto,

alguna versión de lo que en nuestro caso sería la leyenda de la Torre de Babel.

En esa universal multiplicidad que es el lenguaje, convergen las visiones del mundo que poseen las diferentes culturas. La historia nos enseña que las fronteras entre las lenguas están vivas. En esas fronteras pasan cosas, y gracias a ellas, nos transformamos.

Todas las traducciones, por ejemplo, ocurren en las fronteras. El traductor es aquel que percibe la afinidad pero también la diferencia entre un signo y otro. Y aquel que sabe bien que la transformación que implica el traslado de un término, está sometida a una tensión de fuerzas entre la afinidad electiva y la diferencia resistente, es decir, entre las semejanzas, que garantizan la universalidad, y los núcleos irreductibles que hacen que cada lengua sea singular.

George Steiner sugería que la buena traducción es aquella donde esa dialéctica entre lo impenetrable y lo penetrable, el sentimiento de ajenidad y extrañeza y el de sentirse en casa, se despliega sin llegar a resolverse, pero también sin dejar de ser expresiva.

Ahora bien, si cada lengua nos ofrece un modo de relacionarnos con ese enigmático deslumbramiento de materia que llamamos mundo: el español es mi modo, mi casa. Y en este ensayo partiré de la idea de que algo compartimos aquellos que sentimos que

el español es nuestra casa... compartimos esos "núcleos resistentes",  
*ese resto intraducible.*

## **2. Las conversaciones escritas**

Presumo que ante un tema tan inmenso como la lengua española, cualquier perspectiva que se haya elegido para su abordaje nos parecerá tan arbitraria como son las lenguas en sí mismas. Una lengua, como conjunto totalmente arbitrario de señales e índices convencionales, impone sus leyes y restricciones, admite sus propias licencias, establece sus propios ritmos y pautas sonoras.

El idioma es un ente tan complejo de estudiar en todos sus aspectos, que incluso los más eminentes lingüistas reconocen que a lo sumo llegamos a concebirlo como un cuadro cuya tela se ha dividido previamente en pequeñas partículas en las cuales se pintan por separado detalles imposibles de imaginarse y concordar en una visión del funcionamiento conjunto.

El ser humano es un animal parlante, y sólo nosotros tenemos derecho a denominarnos "conversadores". No hay ninguna disciplina científica que pueda dar cuenta de ese misterio. No hay ninguna que pueda explicar la notable profusión de mecanismos fecundos, irracionales, mediante los cuales el lenguaje, único para toda la especie pero tan múltiple como las comunidades, da forma a la

realidad y se halla, a su vez, sometido al influjo de la experiencia particular de los hablantes.

Renunciando desde ahora a cualquier pretensión totalizadora, el humilde recorrido que este ensayo propone para pensar la actualidad del español apunta en primer lugar a extraer alguna sabiduría de las indagaciones intuitivas que a lo largo del tiempo han hecho los escritores -los poetas, los narradores, los ensayistas-; con la intención de trazar a partir de ellas una suerte de cartografía subjetiva en el mapa de nuestra lengua, y específicamente, una cartografía que permita establecer una conversación entre el presente y el pasado.

¿Por qué los escritores? Tal vez porque un escritor debe ser alguien que le otorgue a las palabras la mayor importancia, alguien que se mueva en ellas tan a gusto como entre los seres humanos -"o acaso más," decía Elías Canetti-; alguien que se *entregue* a las palabra, que deposite toda su confianza en su presencia, y en ocasiones la destrone de sus sitios para entronizarla luego con mayor aplomo, que la palpe y la interrogue, que la acaricie, la pula, la pinte, y que si bien a veces pueda parecer un malhechor con ella, cometa sus fechorías por amor.

Las obras literarias iluminan numerosos aspectos de un idioma porque implican al mismo tiempo una extrema *interiorización* de la lengua y una extrema *apertura* a lo que ocurre más allá de las fronteras de lo que la propia lengua establece como límite.

La lengua es el sistema de convenciones que cada escritor recibe; pero todas esas normas legadas y legalizadas por la tradición son su punto de partida. La tradición representa la fuerza de inercia cuya existencia es necesaria y cuya transformación constituye la condición, también necesaria, del acto creador.

Las obras literarias revelan hasta qué punto las fronteras no son murallas sólidas sino superficies porosas, gracias a las cuales no estamos encerrados en el triste determinismo de nuestra fatalidad biológica y familiar. Podemos transformar la lengua, y de hecho la vamos transformando, ya que esos cambios son lo que mantiene vivo a un idioma; o más bien: lo que indica que un idioma *está vivo*.

Por otra parte, la palabra escrita proporciona una distancia más propicia para reflexionar, dado que toda escritura ha sido elaborada con la mediación del tiempo, de la reflexión, de la reescritura, y a su vez nos brinda un tiempo ilimitado para leer y releer, lo que supone en ambos casos un grado más elevado de conciencia. El hecho de que permita elevar el grado de conciencia debe ser muy apreciado ya que la lengua es, de todas las instituciones sociales, la más instintiva, la más tradicional, la que más fuertemente se impone a los individuos, y por lo tanto la más oscura, ingobernable y mezclada de manera constante con la vida del grupo entero.

La escritura, como tecnología, como "sistema secundario de modelado", eleva la conciencia e intensifica el sentido del yo, a la par que genera más *acción recíproca conciente* entre las personas. Tal cual demostró Walter Ong: "*La dinámica de la oralidad y la escritura forman parte integral de la evolución moderna de la conciencia hacia una mayor interiorización y una mayor apertura*". Somos "conversadores" que le han dado a la conversación un alto grado de conciencia, puesto que escribimos.

### **3. La diversidad**

Sabemos que nuestro idioma es un laborioso fruto de la evolución del latín hablado en una pequeña región del Cantábrico, y que irrumpió en las distintas hablas medievales de la Península, adoptando las soluciones fonéticas más innovadoras de las lenguas vecinas e imponiendo otras aún más radicales. Un idioma que se extendió de la mano de la expansión imperial de Castilla, y que hoy es, luego del chino mandarín, el idioma que funciona como lengua materna de la mayor cantidad de personas en el mundo.

Empleado por casi quinientos millones de hablantes, el español es una lengua intensamente heterogénea, ya que es la lengua nacional de veintidós países independientes, cauce y expresión de sus culturas, producto de la evolución histórica de cada uno de ellos. Como todo idioma cuyo radio de acción es muy vasto, ha asumido no

sólo variedades nacionales sino también variedades regionales y locales. Mi español, por ejemplo, es el español de Buenos Aires, el "porteño", que por un lado pertenece a las variedades argentinas del español, pero también pertenece a una tradición que se inicia con Cristóbal Colón, esto es, la tradición de los *múltiples devenires del español en América*; y que también, más particular o regionalmente hablando, pertenece a la tradición del devenir del español "rioplatense", que comienza con la llegada de Juan Díaz de Solís al Río de La Plata, en 1515.

No puedo dejar de recordar que cuando el español llegó al continente americano, de la mano de los conquistadores y los misioneros, se encontró con las lenguas de todas las culturas aborígenes, entre las cuales había no sólo pequeñas comunidades sino dos impresionantes imperios, con una desarrollada administración, como el inca y el azteca. Además, entre la época de la colonización y la de las independencias se fueron desarrollando culturas regionales, como la del Río de La Plata, o la de toda la región andina, o la cultura del Caribe, o la antigua Mesoamérica con la ciudad de México a la cabeza.

Tampoco es posible soslayar que a la asunción del español como lengua nacional de los múltiples países le siguió un paulatino y duradero mestizaje social y cultural, a través del cual, primero, andaluces, extremeños, aragoneses y asturianos se convirtieron en españoles, indígenas en mexicanos, africanos en cubanos, o en

posteriores oleadas inmigratorias, japoneses se convirtieron en peruanos, e italianos y españoles en argentinos, por dar sólo unos pocos ejemplos.

Resulta indudable que el español se compone de las cosmovisiones de diversas culturas; es, como suele decirse, un gran tejido elaborado con hilos de múltiples colores. Y en ese sentido, me gustaría que este ensayo fuera un homenaje a la unidad del español y, me parece, podrá serlo en la medida en que logre ser también un homenaje a la belleza de su diversidad.

#### **4. Algunas premisas**

Decía Bartolomé de las Casas que “la humanidad es una, y todos los hombres son iguales en lo que concierne a su creación”; y agregaba que todos “debemos ser guiados y ayudados al principio por aquellos que nacieron antes que nosotros”. Haciéndome eco de esas certeras e ilustres palabras he decidido dejarme guiar por las voces de algunos autores que podría considerar como clásicos de la tradición en la que me reconozco.

He querido ver si es cierto que es un buen ejercicio encerrarse de tanto en tanto con las obras de algún muerto célebre; releerlo, darlo vuelta, tratar de desembarazarse de su valor abstracto y general, y descubrir si todavía podemos establecer con él una suerte de conversación íntima.

Italo Calvino propuso que los libros "clásicos" son libros que han dejado una huella en la cultura que han atravesado; libros que han resistido una larga frecuentación, es decir, libros que se releen. Y libros sobre los cuales ya se ha escrito mucho, tal vez demasiado, y que sin embargo, siguen suscitando constantemente un polvillo de discursos críticos, que la obra se sacude también constantemente de encima.

Calvino ha planteado además que los clásicos son libros que tienden a relegar a la actualidad a la categoría de "ruido de fondo", y libros que al mismo tiempo no pueden prescindir de ese "ruido de fondo". Basándome en esa premisa, he dividido en mi trabajo en dos partes completamente asimétricas: en la primera converso con las obras de Sarmiento, Cortázar, Borges, Onetti, Rulfo, Lezama Lima, Darío, Vallejo, Neruda y Cervantes, terminada esa parte, que es la fundamental, en la segunda ("Ruido de fondo") me dedicó a explorar ese ruido de fondo, mi experiencia actual como hispanohablante, y el lugar de los libros y la tradición literaria, en este contexto signado por la globalización y la transformación tecnológica.

En última instancia, quisiera contribuir a demostrar es que el goce de la lectura es indispensable para que nuestra lengua le siga haciendo honor a su potencial creativo; y creo, intuitivamente, que el ensayo es el género más apto para transmitir ese goce de una forma viva. Pero hay que decir que el ensayo es un género cuya definición es de lo más escurridiza. Acudamos primero al lugar más obvio, los

diccionarios. Uno dice que ensayo es un *“escrito generalmente breve, constituido por pensamientos del autor sobre un tema, sin el aparato ni la extensión que requiere un tratado completo sobre la misma materia”*. Otro: *“una composición literaria constituida por meditaciones del autor sobre un tema más o menos profundo, pero sin una sistematización filosófica”*. Y otro: *“un escrito en el cual un autor desarrolla sus ideas sin necesidad de mostrar el aparato erudito”*.

Pensamientos, meditaciones o ideas de un sujeto; vale decir que el conocimiento del ensayo es formulado como algo subjetivo. No es un escrito científico ni el resultado de una exhaustiva pesquisa que agotó los medios de comprobación. Históricamente, el ensayo es un derivado de la retórica, de la que quiso despojarse el pensamiento científico. Se trata de un género que no admite la supresión científica de la pregunta por quién habla y cómo lo hace. A su modo, denuncia esa represión que se esconde tras el subterfugio de una supuesta objetividad científica; y se distingue por la implícita aceptación de la presencia de un público que la ciencia se niega a admitir. En palabras de Theodor Adorno: *“La satisfacción que la retórica quiere suministrar al oyente se sublima en el ensayo hasta hacerse idea de la felicidad de una libertad frente al objeto, libertad que da al objeto más de lo suyo”*.

Como es sabido, el ensayo moderno como género literario comienza con Montaigne; y el vocablo *essay* aludía curiosamente al carácter informal, aleatorio y casi íntimo de los heterogéneos

materiales que se congregan como improvisadamente en un texto de este tipo. Ya en Montaigne quedaba evidenciado que el ensayo no es una investigación sistemática sino una *vía literaria de aproximación a cierto conocimiento de índole conceptual*, que se opera desde la óptica no absolutizable de un sujeto y pone en juego su relación con aquello que la cultura le destina como saber.

El ensayista lee las obras de otros buscando allí las huellas de su tema; pero acepta también que esas huellas, una vez que quedan diferenciadas por la lectura, ya no son las mismas, porque sería imposible encontrar una huella sin dejar estampada la propia. Una de las virtudes del ensayo como género, me parece, es que intenta devolverle a la lectura el rango de *experiencia* que el uso habitual de las obras oblitera, e invita a pensar que tal vez los supuestos errores subjetivos podrían ser puntos en los que el saber heredado se renueva.

**REFLEXIONES FINALES**

## 1. La dinámica del cambio.

*“Erutar, Sancho, quiere decir regoldar (..), y cuando algunos no entienden estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso”.*

Ya lo decía Horacio en sus Epístolas: *“Muchos vocablos que ya murieron renacerán, y caerán otros que ahora están en vigor y en honra, si se le antoja al uso, en quien está el arbitrio, el derecho y la norma del lenguaje”.*

No costaría estar de acuerdo don Quijote y Horacio en que el uso es siempre a la sazón el que impone la norma. Sucede que las lenguas no son una abstracción que inventaron las Academias. No son ellas las dueñas de un Modelo que todos copiamos imperfectamente. Esa lengua que presentan no tiene una condición originaria; es un producto derivado y secundario, un *registro* construido a partir de las lenguas individuales.

Los seres humanos sabemos inconcientemente que nuestra especie tiene tal necesidad de palabras que un pensamiento no expresado puede, por ello, ser incapaz de realizarse en acciones. De

ahí que cuando el uso ya no puede prescindir de vocablos intrincados aplicados a cosas que se han hecho usuales, los decapite a su medida, como ha sucedido con el "cinematógrafo", el "automóvil" o el "subterráneo".

Nada consigue detener el movimiento implacable del impulso vital que produce las transformaciones de una lengua. Ese impulso no depende de ninguna voluntad razonada. Es el cambio, la tendencia creadora de lo vital; una necesidad que se refleja en todos los órdenes de la vida humana, siempre semejante a sí misma. Por eso, ni el idioma más centralizado es dueño absoluto de sus planes. Toda lengua es experimentadora por definición, ya que se basa en lo empírico y nunca en programas infalibles.

Las palabras, esos guardianes del sentido, no son invulnerables ni inmortales. Y las lenguas humanas son siempre un producto democrático, creación, no sólo de eruditos y gramáticos, no sólo de escritores, sino también de gente inculta e iletrada. Porque el lenguaje está al servicio de la vida, y no de la vida de unos pocos, sino de la de todos y en todas sus manifestaciones.

Curiosamente, hay ciertos momentos de la historia (en este ensayo nos hemos detenido en algunos de ellos), en los cuales pareciera que los cambios lingüísticos se producen a un ritmo más veloz, como si una hubiera en el aire una urgencia de innovaciones léxicas y gramaticales, y el mecanismo de la necesidad impulsara a la lengua a desechar unidades caducas con elocvente prontitud. En

esos momentos, abandonando los clichés y los tropos deslavados por el uso, algunos escritores se aprestan a acompañar a su tiempo, y en el mejor de los casos, se ganan el privilegio de haber contribuido al desarrollo de la lengua literaria, alimentando su constante dinámica de sedimentación e innovación.

Al igual que el habla, la literatura es una fuerza prodigiosa que se manifiesta y se renueva inagotablemente, buscando modos expresivos innovadores para seguir perdurando. La innovación no aparece como un valor en sí mismo sino como el fruto de la necesidad. No refiere a una supuesta "mejoría", sino al resultado de ese impulso vital que quisiera acompañar el presente y lidiar con lo contemporáneo, reinventando las fronteras de la lengua heredada para no perder contacto con el mundo en que vivimos y con nosotros mismos. Pues nuestra vida está hecha del tejido de las significaciones que nos da la lengua.

## **2. Vindicación de los hablantes.**

La lengua literaria, por el hecho de no ser una lengua gobernada sino una tradición histórica cultivada, alberga los aportes de todas las variedades locales que hacen del español una lengua diversa y rica. En casi todas las obras, esas particularidades poseen sin duda un importante papel expresivo, y adquieren valor por su

diferencia respecto de otros elementos del mismo sistema, el del español.

Cabe recordar que las variedades locales de nuestra lengua se siguieron desarrollando, en lo que podían tener de diverso, sin una normalización explícitamente autónoma. Aún después de las Independencias, la codificación del español siguió siendo fundamentalmente monocéntrica e ibérica, como se advierte en el hecho de que la RAE recién en los años 50 dejó de considerar al seseo un «vicio de dicción».

No obstante, la lógica del uso se ha imponiendo también en la RAE, que hoy trabaja en colaboración con las veintiuna Academias de América y Filipinas, y con ellas integra la Asociación de Academias de la Lengua Española. Juntas asumen una política lingüística que incorpora la noción de “pluricentrismo” y convienen que el diccionario, la ortografía y la gramática deben expresar la unidad de nuestro idioma “en su rica variedad”. Siguiendo la línea de la mayoría de las grandes lenguas de cultura que presentan una realidad pluricéntrica, se lleva a cabo una codificación que reconoce diferentes alternativas en los diferentes territorios del sistema. Se ha comprobado que eso no favorece ninguna fragmentación y que, de hecho, una codificación que ignore las alternativas que se admiten en el espacio de su vigencia, corre el riesgo de fracasar en su pretensión de funcionar como instrumento de unidad y consolidación idiomática.

Dado que el mundo actual no proporciona la más mínima oportunidad de que exista, por ejemplo, una nación completamente autosuficiente, la necesidad de la lengua como instrumento de unidad se refuerza. Por las mismas razones parece estar surgiendo un nuevo vocabulario que podríamos llamar "globalizado", empleado y comprendido por todos los hispanohablantes, como efecto de la transnacionalización económica y de la internacionalización de la tecnología y de ciertos patrones culturales. Sin embargo, sería apresurado darles crédito a las voces alarmistas que advierten que el español de nuestros días vive amenazado por una avalancha de términos que vienen del hemisferio norte, porque en realidad, frente a este escenario donde todo parecería significar una pérdida de lo local, de lo regional, de lo nacional, paradójicamente, se observa un crecimiento del respeto del hispanohablante hacia esas diferencias inherentes al idioma.

Me pareció ilustrativa la encuesta que se comenta en el artículo "El valor de la diversidad en la conciencia lingüística" de Uta Helfrich. El autor se propone confrontar la opinión de los hispanoparlantes con la idea de que para asegurar la intercomunicación del español a nivel internacional, sería preciso establecer una especie de variedad general (o sea, un oxímoron), un "modelo de español que no pertenezca a ningún territorio en concreto".

Los 257 encuestados, profesionales y estudiantes, fueron interrogados sobre conceptos vinculados con esa idea. En primer

lugar, sobre el concepto "*español neutro*", surgido en los años 60 desde las industrias de los medios de comunicación. En términos generales, los encuestados no parecen haber asimilado esa noción en todos estos años, y la ven como algo que carece entidad empírica. Por ejemplo, uno de los encuestados responde que el español neutro no es una lengua sino un "invento del marketing", con el objetivo de imponer "un tipo de doblaje único para el cine y la TV". Otro presume que debe tratarse de la conformación de una lengua única a partir de la eliminación de todo localismo, y concluye que sería empobrecer el idioma, mostrando además la escasa confianza que los creadores de esa entelequia tenían en los hablantes.

También les preguntaron sobre el concepto "panespañol", y algunos estimaron que debía ser lo opuesto del "español neutro", esto es, un compendio que reuniría todos los rasgos lingüísticos del español a escala mundial en su diversidad, una suerte de utopía inalcanzable hacia la cual, sin embargo, abundan los comentarios positivos. Otros lo imaginan como equivalente del español neutro, una nivelación de la diversidad, y se pronuncian en contra; las repuestas son bastante graciosas, uno de los encuestados alerta contra el uso del prefijo "pan", que le parece "totalitario". Otro se indigna: "una aberración conceptual bajo la que se pretende acabar con la pluralidad de las particularidades lingüísticas"; a otro le parece "una construcción forzada y sin sentido"; y el más ocurrente lo asocia especulativamente con un pan hecho al estilo español, "un

pan de España". Preguntados explícitamente sobre si les parece necesaria o no una homogeneización del español a nivel supranacional, responden que no, que no hace falta, que la identidad cultural del español es esa diversidad, y que pretender homogenizar sería desconocer el gran acervo que esa heterogeneidad le ha dado.

Lo destacable es que tal vez que la opinión de los hablantes encuestados se distingue de lo que podría ser una postura de autonomización separatista de lo propio. Los hablantes no sienten que sus variedades distintivas adquieran el estatuto de un "dialecto" (algo desgajado que no llega a tener la dimensión de una lengua), sino que las perciben como formas posibles del español, y confían en su capacidad para entender y apreciar las diferentes variedades locales. Se trata de la reivindicación de la diferencia como expresión de un conjunto que es en sí mismo heterogéneo. Han desarrollado un afecto por esa diversidad y la han convertido en seña de identidad.

### **3. Una tradición plural.**

La dirección en que una lengua evoluciona depende en gran medida de las actitudes de los hablantes, de su conciencia lingüística; una conciencia que, como señala Scherfer, se forma en la interacción social, a través de experiencias fundamentales de identidad y de alteridad. Por eso, la conciencia lingüística juega un

papel decisivo en el proceso de socialización de cada individuo y se transmite de generación en generación.

Toda lengua, como flujo de expresión, es un flujo heterogéneo, que está en relación recíproca de presuposición con otros flujos heterogéneos entre sí y con respecto a ella. Es una multiplicidad; pero no una multiplicidad centrífuga de sujetos desligados, salvajemente autónomos y destinados a destruirse en la contraposición de sus energías, sino de sujetos vinculados por una totalidad inmanente, y capaces de encontrar en las fronteras una puerta de salida a la pura adecuación de la identidad del ser, narcisista, impotente.

La tradición literaria, que tanto ha contribuido culturalmente a mantener la unidad de nuestra lengua, ha sido también una constatación activa de la diversidad. Se trata de una tradición que ha sabido convertir al pluricentrismo del español en la fuente de una identidad idiomática segura de sí, que no le rehúye a la diferencia sino que la cultiva, y que reconoce la heterogeneidad como un hecho no sólo antiguo y duradero, sino también positivo, fecundo y deseable. La tradición literaria de la lengua española se ha alimentado de la heterogeneidad, sin destruir el cauce propio de cada una de sus diversas tradiciones.

Ahora bien, cada autor subjetiviza la lengua, a tal punto que podemos imaginar que dentro del español habría una lengua-Borges, una lengua-Cervantes, una lengua-Neruda, una lengua-Sor Juana.

Las obras son una continúa puesta en acto, un refuerzo, una amplificación del carácter singular con que el uso de la lengua se manifiesta (pues las combinaciones lingüísticas se dan de manera exclusiva en cada uno), y una reafirmación permanente de que esa apropiación subjetiva de la lengua es el motor que alimenta su desarrollo. Pero la subjetivación de la lengua no es en absoluto correlativa de su cierre sobre sí misma o de un descompromiso posmodernista. Singularidad y comunidad no se oponen. En rigor, los procesos de singularización constituyen un enriquecimiento de las potencialidades colectivas; y a su vez, esos procesos son susceptibles de ver la luz justamente a partir de nuestras raíces colectivas. La innovación se formula en la estela de la tradición, ya se pretenda modificarla o incluso revolcarla, siempre es preservación de la tradición, en tanto se articula *en* la lengua.

Sutil, indomable, profunda y ubicua, esa lengua estructura la percepción del escritor. Todo idioma deja su impronta particular en la obra literaria, y la continua ligazón entre cultura y lengua configura modos peculiares y estables de percibir, pensar y expresar. Así, la palabra que lega la literatura, tiene la función de desplegar las capacidades innatas del idioma para expresar con acierto y mayor plenitud las sensaciones humanas; rebasando costumbres y relaciones sociales que la historia ha tornado específicas, adquiere la doble función de hacer posible la expresión de la diferencia y al mismo tiempo la trasmisión de aquello que es propio de la especie.

Tal vez, uno de los sentidos ético-estéticos que condensan las obras que hemos estado leyendo esté dado precisamente por el hecho de que la *subjetivación* de la lengua expresa una cierta resistencia a la muerte de la identidad, pero una resistencia que se da en tanto recuperación de la identidad como diferencia. En ese sentido, la tradición no es un "canon" ni una suma de factores inmutables y transhistóricos, sino más bien una trama de diferencias que se van produciendo en el terreno de un patrimonio constituido por un agregado de experiencias pasadas y puesto a prueba cada vez, en el aquí y ahora de la lectura. Lejos de remitir a una concepción esencialista de la identidad, la tradición supone una comprensión del ser en tanto juego de diferenciación.

Esa comprensión -que ya está presente en Cervantes cuando muestra que la conciencia lingüística del español también puede estar en un moro expulsado de España-, corresponde a la actitud de quien celebra la universalidad del idioma; pero no la abstracta (esa obscena ausencia del otro en ciertas formulaciones universalistas), sino la que se establece a partir del descubrimiento del amigo en su singularidad, del otro como un mundo posible, del uno mismo como otro. El goce de la lectura no sería viable sin esa actitud.

Como decía Julio Ortega: *"Si el español no sirve como herramienta de liberación creativa para rehacer el espacio de las exclusiones y favorecer el diálogo de las diferencias, habrá perdido su voz más propia"*. Quizá por eso, más que reducir la subjetividad,

como quería el estructuralismo, es necesario volver a cartografiar los componentes de subjetivización de las obras en su profunda heterogeneidad; y renunciar a veces a tratarlas bajo la égida de criterios científicos para acercarlas, deliberadamente, hacia paradigmas ético-estéticos. Paradigmas necesarios porque, en última instancia, preguntarse qué será la literatura en español en los próximos años es preguntarse también qué momentos del pasado ella volverá a descubrir y reinventar.